



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 43.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 26 Marzo 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

A nuestros suscritores.—Un artículo para las suscritoras del MUSEO, por D. Gerónimo Flores.—Risas y lágrimas: Colección de seguidillas por D. Juan de la Puerta Vizcaino, por D. Teodoro Llorente.—**Valencia monumental y pintoresca**: el paseo de la Glorieta, la fuente del Triton, por D. Rafael Blasco.—Templo de Theseo.—Otro capítulo de un viaje: el santuario de Monserrat, por D. Vicente Boix.—La conquista de Nápoles (poesía), por D. Dámaso Delgado Lopez.—*** (poesía), por D. P. M. Yago.—Dolora, cosas de la edad (poesía), por D. Ramon de Campoamor.

Láminas. Fuente del Triton en el paseo de la Glorieta.—Vista del templo de Theseo en Atenas.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

En el número de hoy, como verán nuestros lectores, damos principio á una sección interesante que bajo el epígrafe de *Valencia Monumental y Pintoresca*, tiene por objeto dar á luz cuanto de notable encierra nuestra capital y la provincia, en monumentos, recuerdos históricos y paisajes copiados de la misma naturaleza.

Aunque anticipadamente ya habíamos publicado en nuestro semanario algunas vistas de nuestra capital; falta-

ba organizar una sección destinada exclusivamente á este objeto, y esto es lo que nos proponemos en adelante.

Con esto creemos llenar un gran vacío que se notaba en nuestra publicación; pues si bien puede considerarse como eco de la literatura española, en general, es hoy día el único órgano de la literatura valenciana.

Pocas son las obras que hasta el presente han visto la luz pública encaminadas á este propósito; pues la mayor parte de ellas ó han quedado incompletas ó han tratado el asunto con bastante concisión.

Para llevar adelante nuestro pensamiento nos hemos auxiliado del conocido cronista D. Vicente Boix y de otros notables escritores y artistas distinguidos, con el laudable deseo de salir airoso en tal empresa.

Creemos hacer con esto un servicio á nuestra capital, pues muchos de sus monumentos notables están próximos á desaparecer bajo la mano destructora del tiempo y otros existen sepultados en un imperdonable olvido.

Estamos seguros de complacer á nuestros suscritores y á nuestros paisanos especialmente, los cuales no dudamos que sabrán recompensar nuestros esfuerzos.

No terminaremos sin dar las mas espresivas gracias á la prensa de la Habana y de Santa Cruz de Tenerife por los elogios que hace de nuestra publicación, en el *Diario de la Marina* y el *Teide*, periódicos que ven la luz pública en dichas islas, y que han originado la carta que á continuación insertamos, recibida por el último correo.

«Habana y Febrero 28 de 1865.

»Muy señor mío: En el *Diario de la Marina* que se publica en esta capital, y con fecha 24 del corriente, hemos visto en la sección local, un suelto tributando los mayores elogios á la publicación dominical *El Museo Literario*, y á fuer de amantes de la bella ciudad que nos vió nacer, deseamos suscribirnos á dicha publicación y con nosotros habrá otros muchos que lo harán entre la parte ilustrada de esta capital y de las poblaciones de la Isla.

»No quisiéramos equivocarnos en manifestar á V. que si se resuelve á mandar aquí cierto número de ejemplares desde el principio de la publicación y continúa mandando con puntualidad por los correos del 15 y 30 de cada mes, que salen de Cádiz, el éxito no será dudoso, puesto que aquí tienen bastante aceptación las publicaciones de mérito.

»Somos de V. afectísimos S. S. Q. S. M. B.—Varios valencianos.

No podemos menos de manifestar el mas sincero reconocimiento á nues-

tros paisanos residentes en la Habana pues su carta sumamente lisongera nos enorgullece en extremo.

LA REDACCION.

UN ARTÍCULO PARA LAS SUSCRITORAS

DEL MUSEO LITERARIO.

Ante todo, amables lectoras, pedimos un *bill de indemnidad* por la gran omisión de no habernos ocupado en tanto tiempo de asuntos que os sean gratos.

El martilleo constante de artículos literarios os habrá fastidiado y no dudamos aguardarais impacientes un artículo exclusivamente para vosotras.

Galantes en extremo, ninguna prueba mayor podemos daros que la de cometer la árdua empresa de escribir este artículo.

En nuestro gabinete nos acordamos mas del fuego de vuestros ojos que de la brillantez de los adornos.

Los matices de las flores que os engalanaban cruzan por nuestra mente sin dejar huella al par que el vivo esmalte de vuestras mejillas labra en nuestro corazón la mayor dicha.

En gracia de nuestra sinceridad debeis perdonarnos la omisión.

Difícil es poseamos toda la elegante tecnología que es indispensable para tratar de lo que os pueda agradar, es decir, de esa continua pesadilla que os atormenta bajo los mas extraños caprichos y ridículas innovaciones.

¡La moda! Hé aquí el asunto de que vamos á ocupar vuestra atención.

Nada hay mas indeterminado ni mas incoherente en estos dias que la *moda*.

El invierno ha pasado y la primavera con sus encantos nos empieza á acariciar.

Recorramos los elegantes paseos en una tarde bellísima y veremos los abrigos y vestidos que han hecho su servicio durante el invierno.

Todas esperais que el tiempo se fije para que se fije tambien la moda.

En tal perplejidad cada cual lleva lo que mejor le parece y lo mismo los paseos, que los círculos de la elegante sociedad, presentan el mas abigarrado conjunto de trages multiformes.

La imitación, ese vértigo de la moda, ha echado profundas raíces entre todas las clases de la Sociedad.

Al catálogo de vuestros caprichos habeis añadido recientemente uno extravagante y que os aconsejo desterréis para siempre.

Aludo al ridículo peinado que habeis dado en llamar de *pan y toros* y que nada os favorece.

Seguros estamos que muchas de vosotras lo habrá reemplazado por el de *Emperatriz* que ha merecido en los elegantes círculos de París la mejor acogida.

Le *Bon ton* hace una sucinta explicación de este peinado, que reproducimos en obsequio vuestro.

«La raya del centro prolongada hasta detrás de la cabeza.

Pequeños rizos á uno y otro lado dejando dos largos tirabuzones que cruzan por encima de los hombros.

Una trenza diadema se coloca delante retirada de la frente.

En esta trenza se teje un cordoncillo de oro para reuniones y teatro y muchas llevan un terciopelo grana ó boton de oro, que es del mejor efecto.»

En cuanto á trages os suponemos enteradas, gracias al indispensable figurin que indudablemente tendreis encima de vuestro maqueado velador, pero esto sin embargo cree-

mos agradeceréis insertemos el artículo del *Correo de la moda* que con tanta aceptación se publica en Madrid, por si alguna de nuestras bellas lectoras se ve obligada á aceptar un puesto en un banquete ó desea lucir sus galas en una *soirée* ó en el teatro.

Hé aquí el artículo á que nos referimos.

«La primavera, que se presentó adelantada á presenciar apacible y risueña las locuras del Carnaval, ha desaparecido en los primeros dias de la Cuaresma, y hemos podido convenarnos de que fue esto una broma de buen género que nos dió el tiempo, y que pasó desapercibida.

Como uno de tantos zánganos que recorrieron las calles en aquellos dias, ataviados con trages de niñas elegantes, el invierno pidió el suyo á la primavera, que inocente como vosotras, lectoras mías, le compuso una ondulante falda con las flores del almendro, entrelazando frescas violetas en sus cabellos: pasadas aquellas horas de ruidosa algarabía el invierno ha arrojado su careta, enseñándonos otra vez su adusta faz, y revestido de su manto de armiño y corona de témpanos de hielo.

La primavera, como una niña burlona, se le rie en sus barbas, asomándose entre nubecillas en un cielo despejado, y las jóvenes elegantes, sus compañeras, acuden á los paseos envueltas en airosos abrigos de terciopelo, y reflejando en las doradas bolas con que adornan el ala de sus sombreros el hermoso sol que viene á festejarlas.

Una hemos visto tardes pasadas, muy linda por cierto y conocida entre la buena sociedad, que remedaba admirablemente el color del cielo en su gracioso vestido y paletot de seda azul: sus rubios cabellos ondulaban flotantes debajo de la toquilla de tul, que terminaba su gracioso sombrero, salpicada de lunares de plata, y con una estrella de lo mismo en su centro; pálido, pero interesante reflejo del lucero de la tarde que principiaba á lucir en el firmamento.

Los figurines que reparte nuestro periódico, los mejores sin disputa que circulan en Europa, son la flor y nata del buen gusto en su mas lata expresión, tanto que algunas dicen que representa la Moda increíble. Aunque, á pesar de todo, son aplicables al buen juicio de cada señora, nosotros, que no reparamos en sacrificios cuando se trata de complacer á nuestras amables lectoras, añadimos en el grabado que corresponde al número de hoy una nueva prueba de ello, ofreciéndoles un modelo de la Moda sencilla, que puede ser todo lo económica que se quiera, pues solo depende de los ingredientes mas ó menos ricos que entren en su composición. La explicación es la siguiente.

Trage para comida, soirée ó teatro. Vestido de moiré blanco con listas de raso azul. La falda es lisa, de ancho vuelo y prolongada cola, cortados en nesga de arriba los paños y montada á tablas grandes. Cuerpo escotado, de peto redondo y manga corta de un bullon solo, cortada al biés de la tela, lo mismo que los delanteros del cuerpo para que las rayas vengán encontradas. Una *camiseta* de encage acompaña al escote guardando su misma forma, y otro encage igual va al canto de la manga: *lazo* de encage blanco con caídas cortas por detrás en el talle; *collar y diadema* de perlas, y *peinado* rizado el pelo de adelante en ondas grandes y levantado, rematando en tirabuzones al lado, y por detrás bucles prendidos unos en otros redondeando la cabeza completan esta graciosa toaleta.

Nada mas rico y distinguido que este trage en medio de su sencillez; trage que no elegirá nunca para sí una persona de mal gusto, pero que será modelo inestimable para quien posea el secreto de vestir bien.»

GERONIMO FLORES.

RISAS Y LAGRIMAS.

Colección de seguidillas por D. Juan de la Puerta Vizcaino.

Ha llegado á nuestras manos un lindo y breve volumen, esmeradamente impreso, diminuto libro que se perderia entre los *in-folios* de la biblioteca de un sábio, pero que en el tocador de una dama figurará propiamente como un dije perfumado. Su autor es un poeta, que con natural timidez ha creído sin duda que media hora de lectura de versos es todo lo mas que puede soportar nuestra prosaica y atareada generación.

Y no solo por la brevedad de este libro de ciento veinte páginas, se adivina que el señor Puerta Vizcaino, pues este es el nombre del autor, conoce, á pesar de ser poeta, los tiempos en que vivimos.

El Sr. Puerta sabe sin duda que el público frívolo de nuestros dias no puede soportar la severidad de la elevada poesía, que no hay ya oído que resista una *tirada* de pomposos endecasílabos por buenos que ellos sean, y se ha propuesto hablar á las gentes en su lengua; por eso, como á los poetas les es imposible abandonar el ritmo, sujeta ese ritmo á las condiciones vulgares de la época, y por escribir todavía en verso escribe en seguidillas, en un metro flexible y fugitivo, que no es mas que la prosa ligeramente modulada por uno de esos festivos compases de las canciones populares.

La seguidilla ha sido considerada como metro innoble, abandonado al vulgo de los copleros de callejuela, por nuestros cultos ingenios: en este democrático siglo lo ha rehabilitado la revolución literaria, con gran contentamiento de los versificadores de última clase, que han podido llenar con ayuda de rima tan socorrida las páginas de los álbums ó la gaceta de los periódicos de inteligibles piropos á las bellas que en otro tiempo eran lectoras obligadas de enrevesados sonetos.

La seguidilla, galanteadora de suyo y truanesca cuando libre de la tutela de los retóricos andaba por esas calles y plazas de Dios, conservó su desenvuelta forma cuando fue admitida en los salones de las damas, pero en el fondo adquirió mas variedad, dando cabida ya á lo epigramático, ya á lo tierno, ya á lo quejumbroso. La vulgar seguidilla llegó á ser sutilmente delicada; pero tuvo siempre la modestia de no entrometerse mas que en asuntos de poco momento, de no encumbrarse mas allá de lo que consentía la humildad de su origen, *musa pedestris*.

Pero nuestra época en el siglo de las tentativas y los ensayos, y la seguidilla habia de tener tambien sus pretensiones. No le bastaba la rehabilitación: sus tendencias invasoras acaban de revelarse. El Sr. Puerta Vizcaino ha querido probar la suficiencia universal de la seguidilla, y la prensa, acogiendo con favor su caprichosa obra, ha aplaudido la maestría, sentimiento y delicadeza con que ha sabido tratar en un metro, vulgar hasta ahora, asuntos filosóficos, ligeros, y de poesía descriptiva, formando un agradable conjunto de pensamientos escogidos, en los que resalta la moralidad del fondo entre lo sencillo de la forma.»

No son hipóbole de gaceta estos elogios, los versos del Sr. Puerta son ingeniosos sin afectación, delicados sin artificio y sencillos sin grosería. De la *musa* de este poeta de seguidillas podríamos decir lo mismo que de los pájaros; anda por los suelos, pero aun andando se ve que tiene alas.

Hé aquí una de sus lindas y delicadas composiciones que dá idea de lo que es el libro del Sr. Puerta Vizcaino.

¡QUE DE AQUÍ Á UN AÑO!...

«Tocan las campanitas,—tocan al alba—cuando el sol con sus rayos—los campos baña;—cuando la noche—de su lúgubre manto—cierra los broches.

Tocan las campanitas,—tocan alegres—á la hora en que la brisa—las flores mece,—y asáz traidora—al besar en sus pétalos—roba su aroma.

Veis por el caminito—que hay en el valle—una hermosa, un mancebo—su padre y madre—y el monacillo—con el cura del pueblo—y tres testigos.

Todos marchan contentos;—pero la hermosa—aun va mas encendida—que la amapola.—¿A dónde marchan?—Vámonos detrás de ellos—vamos, muchachas.

Tocan las campanitas,—tocan alegres—que el cura ya se acerca—con feligreses.—Tocan á vuelo.—¿Qué alegría tan grande!—Vamos con ellos.

Ya en el templo penetran—ya de la pila—toman, como cristianos,—agua bendita;—ya con sus dedos—cruzan devotamente su frente y pecho.

La hermosa y el mancebo—van muy de prisa—y toman por asalto—la sacristía;—y el padre cura—trueca por las sagradas—sus vestiduras.

Tocan las campanitas,—tocan en tanto—que los fieles de hinojos—están rezando;—tocan á vuelo—interin que un anillo—cambia de dedo.

El mancebo orgulloso—saca del cinto—trece monedas de oro—sonoro y limpio,—y á aquella hermosa—luego la dice: «tenlas,—y ella las toma.

Tocan alegres, tocan—las campanitas—y el mancebo y la hermosa—cambian sonrisas.—¿Por qué sonrien?—Mirad, el sacerdote—ya los bendice.

Alegraos, muchachas,—tomad egemplo—y que dentro de un año...—pero marchemos—que el padre cura—al altar se dirige—con la casulla.

Una blanca mantilla—en la cabeza—ponen á la muchacha—y aun mas estrecha,—otra al mancebo—blanca tambien, y cae—sobre su cuello.

Ya el *In nomine* empieza—ya el *Te missa*—se escucha por los jóvenes—con alegría;—ya de la iglesia—salen y van corriendo—por la pradera.

Coje el mancebo flores—para la hermosa—y entreteje con ellas—una corona;—mientras danzando—van delante las chicas—con los muchachos.

Ya llegan á la aldea—corto el camino—á los dos desposados—ha parecido,—y sin embargo,—cuando iban á la iglesia—largo, muy largo.

Y pasa el dia alegre—y por la noche—hay fuegos de artificio—y cenar pote—y dos corderos—y gallinas y liebres—y leche y queso.

Y concluye la cena—y todo el mundo—se toca con los codos—con disimulo;—mientras la hermosa—el color va tomando—de la amapola.

Los padres de la jóven—y del mancebo—se levantan llorando—les dan un beso,—y les enseñan—un cuarto con el lecho—cual la azucena.

Los dos recién casados—ya se retiran;—las muchachas solteras—tristes suspiran,—y sollozando—se dicen unas á otras—«¡Que de aquí á un año!»

En estos versos hay poesía, pero estamos tentados á decir que la hay á pesar de haber hecho el autor todo lo posible para que no la hubiera. El poeta ha plegado las alas, y se ha propuesto contarnos un suceso vulgar lo mas llanamente posible. Si, despues de todo, queda algo de poesía en este cuadro, es porque el autor es poeta, aunque se propone no serlo.

Ahora bien: la tendencia á que obedece el Sr. Puerta Vizcaino, y que cada dia gana terreno en muchos círculos literarios, ¿no nos espone á que ese rebuscamiento de lo sencillo, de lo ingenuo, de lo popular, nos lleve simplemente á lo vulgar, antítesis de lo ideal, que es lo que constituye la poesía? Un ingenio elevado, aun manejando los asuntos mas triviales; sabe revestirlos del inefable encanto de la inspiracion; pero ¿qué hemos de esperar del vulgo de los copleros, si ponemos á su alcance el sagrado lenguaje de las Musas?

Un discreto escritor que en esta época de corrupcion literaria conserva inmaculado el buen gusto que se va perdiendo, ha notado ya esa peligrosa tendencia á que nos referimos. «Otros,—dice el Sr. Valera, hablando en su discurso de recepcion en la Real Academia Española, de los vicios de la lengua y la literatura en estos tiempos—entienden mal lo que por popular, así en poesía como en prosa, ha de entenderse, y juzgando que no es bueno sino lo que al vulgo place y lo que está al alcance del vulgo, se bajan hasta él en el pensar y en el sentir, y solo emplean en lo que piensan, sienten y dicen las palabras mas vulgares y usadas, censurando al que se vale de otras mas raras, nobles y sublimes. Así avillanan, amenguan y mutilan nuestro idioma, de suyo rico y hermoso.»

Y lo que dice principalmente respecto al idioma el jóven académico, debe estenderse también á toda clase de pensamiento literario. El teatro está pereciendo á manos de un grosero realismo. La poesía lírica, que ha sido siempre la aspiracion y el desahogo de las almas superiores, tiende tambien á vulgarizarse. Un gran poeta, á quien profundamente admiramos, el popular Trueba, está contribuyendo eficazmente á esta obra demoledora. Trueba, violentando la libre índole de la poesía, la ha puesto al servicio de una moralidad vulgar. Esto en cuanto á la esencia. En cuanto á la forma, ha negado sus títulos de nobleza á las musas, ha entregado la dición poética al derecho comun del vulgo, é impulsado por una lógica de que quizás él mismo no se dá cuenta, comenzó por ser llano y sencillo en su libro de los *Cantares*, para acabar siendo macarrónico en sus grotescos cuentos. Si Trueba fuese un escritor adocenado, sus letrillas y sus historias solo servirian para aumentar el caudal de los romances de ciego que divierten á la gente indocta; pero como es un inspirado poeta, sus obras, iluminadas por el resplandor del genio, desvian del recto sendero al público y á los autores.

Por eso nosotros, que no estamos muy lejos de participar de la opinion del profundo estético Hegel, cuando sostiene que la poesía debe valerse de un dialecto propio suyo, diferente del de la vida comun y del de las especulaciones científicas; y que, como el señor Valera, por cierta inapetencia y delicadeza de gusto, repugnamos la vulgarizacion de la poesía, no podemos menos de protestar contra la tendencia de la turba multa de nuestros *poetas populares*, entre los cuales figuran ingenios aptos para mayores empresas que para eclipsar las glorias de las coplas de Calainos. El Sr. Puerta Vizcaino hace muy bellas seguidillas, pero seguidillas al fin, de esas que en todas las esquinas puede improvisar en este pais en que la lengua se presta tan fácilmente á los caprichos de la rima, cualquier tañedor de vihuela. *Paula majora canemus*, Sr. Puerta, que si la poesía debe ser popular, ha de ser, no rebajándose al nivel del

vulgo, sino elevando al vulgo á las cimas luminosas del Parnaso. Así lo han hecho los grandes poetas: nobilísimas, levantadas y cultas son las octavas de la *Gierusalemme*, y, sin embargo, las cantaban los gondoleros italianos. Ese es el camino de la verdadera y legítima popularidad.

TEODORO LLORENTE.

VALENCIA MONUMENTAL Y PINTORESCA.

El paseo de la Glorieta.—La fuente del Tritón.

En el espacio que hoy ocupan la plaza del Príncipe Alfonso, ó de la Aduana, y el paseo de la Glorieta, existian antes de la guerra de la Independencia varias manzanas de casas cruzadas por calles estrechas y mezquinas, tanto que una de ellas, la de Palpa Cuixes, solo tenia cuatro palmos de anchura, segun asegura Orellana (1).

Los franceses demolieron las citadas casas, quedando este sitio convertido en una vasta plaza de forma irregular hasta 1817, en cuya época el capitán general de Valencia, D. Francisco Javier Elío, concibió el pensamiento de trasformar en un jardín la porcion de terreno comprendida entre la calle del Mar y la puerta del mismo nombre.

No contando dicha autoridad con recursos suficientes para atender á los indispensables trabajos, se abrió una suscripcion voluntaria y se arbitraron algunos otros medios que dieron un favorable resultado, así es que se inauguraron las obras el dia 11 de Febrero de 1817, habiéndose invertido desde esta fecha hasta 26 de Junio de 1818 en las citadas obras, compra de estatuas, su composicion, árboles, plantas y demás, la cantidad de 80.018 rs. 6 maravedis, y desde 26 de Junio hasta 12 de Octubre 10.299 rs. 12 maravedis (2).

Con el objeto de estimular á los valencianos á que contribuyesen con sus donativos á la prosecucion de las obras, se echó mano de varios medios, no siendo el menos curioso el de escitar su amor propio ya en circulares de la autoridad, ya en poesías que se publicaron en el *Diario de Valencia*. Creemos curiosa la reproduccion de unos versos que vieron la luz en este periódico, único que por aquella fecha existia en esta capital, versos en los que se lleva la exageracion hasta el punto de calificar de heroica y sublime á esta empresa (3). Dicen así:

A UN AMIGO.

Hay en esta ciudad, amigo Silvio,
Un sitio deleitoso, que convida
Al recreo y placer: no há mucho tiempo
Era una vasta plaza, y convertida,
Como por arte mágico, es paseo
Que llamarse podrá de las *Delicias*,
Si á su gran perfeccion la heroica empresa
Llega feliz á coronarse un dia.
Los mayores obstáculos no existen;
Su lengua la ignorancia ya no agita;
La envidia misma calla, y ambas juntas
El aire de la vida allí respiran,
Empero aun es preciso un grande esfuerzo
Antes que del proyecto se consiga
El venturoso fin: ¿Y habrá quien crea
No llegará tan suspirado dia?
Podrá ser: mas no aquel que ya conozca
Que á pechos valencianos siempre animan
Los nobles sentimientos. Alto egemplo
Han dado de su heroica bizarría

(1) Orellana: Valencia antigua y moderna, obra manuscrita que existe en la Biblioteca de esta Universidad literaria.

(2) Diarios de Valencia de los dias 28 de Junio y 14 de Octubre de 1818.

(3) Diario de Valencia de 8 de Agosto de 1818.

Los que en muy pocas horas han sabido
Presentar varias veces á la vista
Jardines primorosos acabados
Con artificio bello y maestría,
Obsequiando á las régias Magestades
Llenos de emulacion y de alegría.

Y hoy no pondrán los mismos grande esmero
En secundar tan halagüeñas miras!
La utilidad es pública, el provecho
Para todos igual. ¡Cuánto no admira
Ya el recreo y placer que hoy se disfruta!
No; lejos el temor, pues concluida

Espero ver empresa tan sublime.
Lo que Valencia aplaude, y sorprendida
Mira con entusiasmo, en breve tiempo
A su fin llevará Valencia misma.
¿Una ciudad amante de las artes
Indiferente á tanto bien sería?

VALENCIA MONUMENTAL Y PINTORESCA.



FUENTE DEL TRITÓN EN EL PASEO DE LA GLORIETA.

(De una fotografía)

Si benignos los cielos la conceden
Un favorable y delicioso clima,
Si con dulce influencia á los placeres
Naturaleza pródiga convida,
¿Será que el arte y el empeño á un tiempo
Tan fácil bien con gloria no consigan?
Nunca los hijos del precioso Turia

Las empresas difíciles esquivan.
El patriótico amor de pecho en pecho
Por toda la ciudad se comunica,
Como eléctrico fuego; y veo á todos
Ardiendo en entusiasmo, cual se animan
Al objeto de empresas tan lóables,
Que ora en los duros invernales días,

Ora cuando á la tierra el sol abrasa
Formará de Valencia las delicias.

Con el producto, pues, de las suscripciones
y arbitrios se construyó el paseo, hallándose
ya en 9 de Julio de 1818 convertida en her-
moso jardín una plaza llena antes de escom-

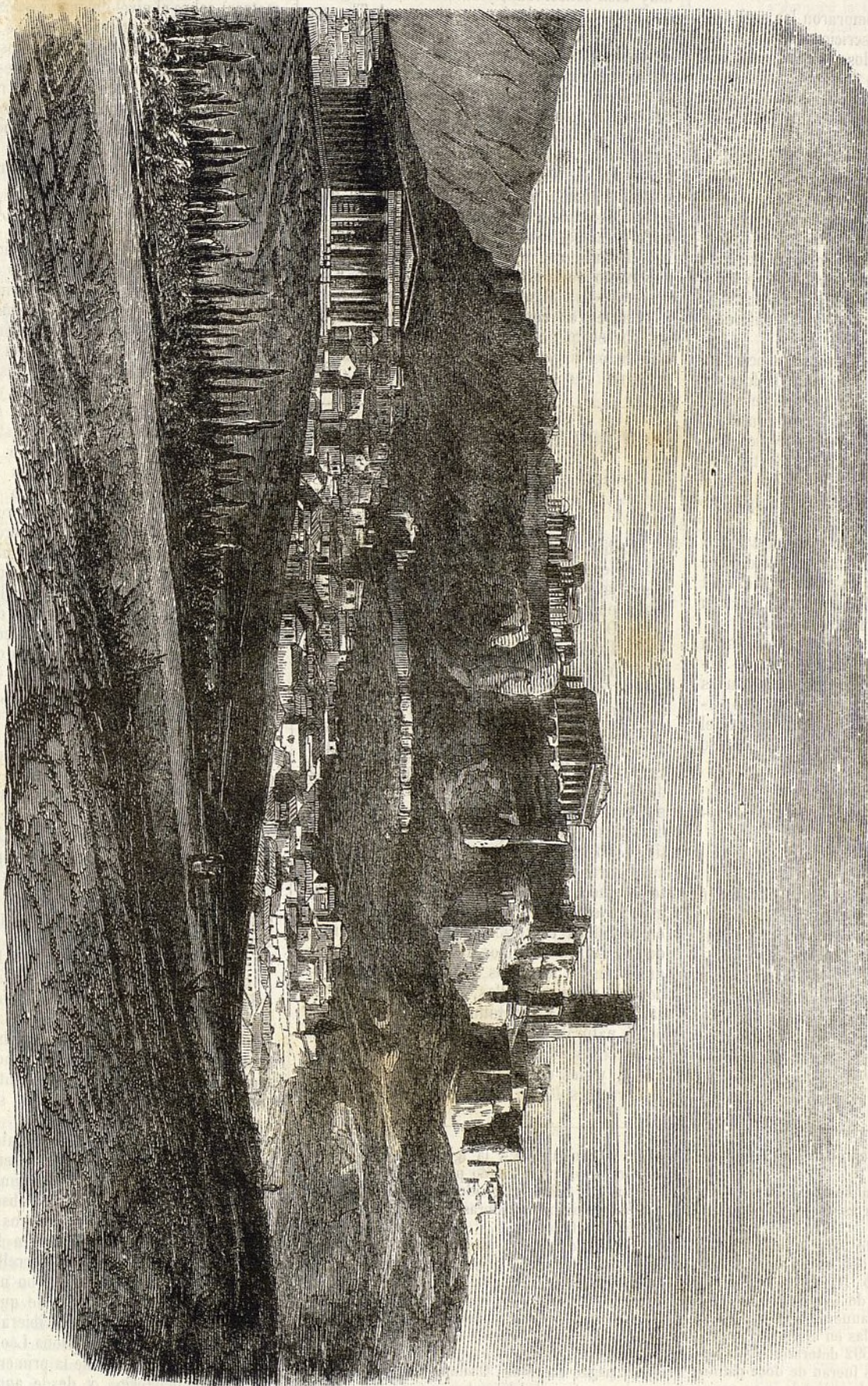
bros y ruinas (4); publicándose un edicto para evitar los excesos que pudieran cometerse, destrozando las obras de la naturaleza ó del arte, con fecha 24 del citado mes (5).

En el centro del óvalo primero y despues en el del anden principal, que se hallaba

cruzado por otro anden en ángulo recto, se colocó una fuente, formada por un pedestal sobre el que descansaba el Triton, estatua del escultor italiano Ponzanelli, procedente del huerto llamado de Pontons.

Este huerto, que se encuentra en el ca-

mino de Torrente, á corta distancia de Valencia, era una posesion de recreo que adornó con magnificencia á fines del siglo diez y siete un canónigo de esta Metropolitana, llamado Don Antonio Pontons. En el centro de este huerto se encontraba una fuente con la hermosa está-



VISTA DEL TEMPLO DE THESEO EN ATENAS.

tua de mármol de que nos vamos ocupando, en dos nichos se veían dos estatuas que representaban á Isis y á Neptuno, de las cuales la

(4) Diario de Valencia del citado día.

(5) Diario de Valencia del 28 de Julio.

primera ha desaparecido, y la segunda, recompuesta de las mutilaciones que sufrió durante la guerra con los franceses, se halla colocada en la actualidad en el paseo de la Alameda, y sitio denominado *el Plantío*. También proceden del huerto de Pontons las cua-

tro estatuas que representan las estaciones y que en muy mal estado se hallan hoy colocadas en la Glorieta.

El huerto de Pontons pasó despues á ser propiedad de los cinco gremios mayores, á cuya corporacion dirigió un oficio en 18 de Abril

de 1817 el capitán general de Valencia Don Francisco Javier Elío, suplicándole que cediera las estatuas en aquel existentes para adorno del paseo que pensaba plantear, á cuya comunicacion contestaron los gremios manifestando que el estado lamentable en que se encontraba la sociedad les impedía ceder las estatuas como lo hubiera hecho en otra situacion menos aflictiva (6).

Indudablemente se compraron las estatuas con el producto de la suscripcion de que antes hemos hablado, colocándose, como hemos dicho, el Triton en el centro de la Glorieta, donde permaneció hasta que por los años 1839 ó 40 el ayuntamiento suprimió la citada fuente.

El secretario que fue de la corporacion municipal D. Timoteo Liern, celoso por la conservacion de tan bella obra de arte, la guardó cuidadosamente en un olvidado almacén, evitando de este modo que desapareciera en una de las muchas revueltas políticas por que ha pasado nuestro país, revueltas que han aprovechado muchos para adquirir cuadros y estatuas de notable mérito que hoy adornan los museos extranjeros.

En 1860 se resolvió volver á colocar en la Glorieta el Triton y se construyó la fuente, cuyo dibujo publicamos en este número. El pedestal es el mismo que sirvió anteriormente, y ha sido una lástima que se hayan colocado á los lados de tan bella estatua dos monstruosos delfines que desarmonizan el conjunto y que debía mandar quitar el ayuntamiento, por su decoro y por decoro de Valencia.

El Triton es de mármol blanco, de tamaño mayor que el natural; y lo correcto del dibujo, la belleza del desnudo y la suavidad que el escultor ha sabido dar á las formas, le hacen una obra digna de los mayores aplausos.

Antonio Ponzanelli era natural de Génova y vino á España en tiempo de la guerra de sucesion. Además del Triton, son obras suyas las estatuas de piedra de Santo Tomás de Villanueva y de San Luis Beltran, mayores que el natural, que existen sobre el puente Nuevo sobre basas, sin casilicios (7).

RAFAEL BLASCO.

TEMPLO DE THESEO.

El templo de Theseo se halla situado en la llanura de un valle bastante bien cultivado, que se halla á 300 varas de la ciudad y mas de 26 de la muralla de la moderna Atenas.

Este célebre monumento se conserva aun en muy buen estado, esceptuándose la parte exterior que se halla un poco deteriorada. Las esculturas de los pórticos y del techo son de construccion moderna, y la fábrica del edificio es muy fuerte sin dejar por eso de ser tan elegante como perfecta. La longitud del tem-

plo es de 110 piés, por 45 de latitud, y las columnas 19 de altura por 9 de circunferencia, siendo el estilo de la construccion por demás esquisito y admirable. A 36 asciende el número de columnas y aun cuando algunas han sido destruidas por los temblores de tierra no amenazan caerse por ahora.

La escultura de la fachada occidental está muy bien conservada, y se ve en ella la figura de Theseo matando á un centauro. A Theseo le falta la cabeza y la mano derecha; pero el centauro está completo. Tambien se ven otras varias figuras de esquisito trabajo que no nos detendremos á enumerar. Todas las esculturas del templo han sido modeladas por los artistas de lord Elgin y por agentes franceses: pero el noble embajador no ha permitido que se separe ni una sola piedra del edificio. La celda del templo está ahora convertida en una iglesia dedicada á San Jorge, cuya puerta se halla á la parte del Sur; es muy pequeña y está forrada con una plancha de hierro. El pavimento de la iglesia ha desaparecido, y en su centro hay algunos pequeños sepulcros.

Tal es en conjunto el magnífico templo de Theseo que aun hoy dia llena de admiracion á los viajeros, y cuya vista damos en el presente número.

OTRO CAPÍTULO DE UN VIAJE.

EL SANTUARIO DE MONSERRAT.

IV.

La base del Monserrat ocupa una área de cuatro leguas, y su altura es de 3.993 piés, ó sea la del pico mas elevado, que está situado entre los 41°16'18" de lat. N. los 5°29'59" de long. E. del meridiano de Madrid. Mirada esta montaña por la parte del Norte ó desde Manresa, ofrece un aspecto extraño, caprichoso, fantástico, que no tiene otro con quien poderse comparar, á pesar de que algunos han creído encontrar alguna semejanza en las montañas de la isla de nuestra Señora de Monserrat en las Antillas (Golfo de California, en la costa de la vieja California y al S. E. de la Cámen). Está formada de altísimas rocas, que dejan algunos intersticios ó barrancos angostos, y difíciles; siendo sus figuras tan caprichosas que, desde el punto indicado, afectan objetos parecidos á monjes, reyes, mugeres, caballos, castillos, etc., en magnífica confusion. Sus elevados conos, que se lanzan atrevidos sobre la region de las nubes, están formados de piedras calizas, redondas, rojas, amarillas, pardas y de color de carne, unidas y conglutinadas entre sí con un betun natural, de igual calidad y especie que la brecha y almendrilla de Egipto ó de Levante, y del que habiéndose llevado el agua la tierra resultante de su descomposicion, se

han formado los barrancos que, dividen la montaña en tan caprichosas agujas.

En general la montaña está formada de enormes masas de peñas con direccion de E. á O. hacia cuyo último punto tienen una pequeña inclinacion y se presentan dispuestas por capas desde el grueso de medio pié hasta ciento, rayadas horizontal y verticalmente.

A una altura, pues, de 2.200 piés (612 metros) sobre el nivel del mar y cerca de un valle, llamado de Santa Maria, al pié de un disforme y altísimo muro de peñascos se levanta una masa gigantesca de enormes construcciones, antiguas y modernas, que constituyen el edificio del Santuario. El lienzo que corre de Levante á Mediodia consta de ocho altos y vastos pisos.

Se colocó la primera piedra para el actual monasterio el dia 14 de Setiembre de 1755 y continuó la obra sin interrupcion, hasta la invasion del ejército francés.

Precede á este inmenso edificio moderno un recinto, pegado al mismo muro de la montaña, que contiene los restos primitivos del primer monasterio: trozos de los antiguos claustros que albergaron á las primeras religiosas y á los monges que en su reemplazo envió Wifredo, urnas cinerarias, estatuas sepulcrales, de monges, de abades y de caballeros; lápidas con inscripciones de caracteres, casi ininteligibles; y multitud de vestigios de la ornamentacion arquitectónica, que representa el gusto de los siglos anteriores al renacimiento. Este recinto, conservado cuidadosamente, para que ninguna mano profana acabe de destruir ó arrebatase los postreros despojos del viejo monumento religioso, nos convidó á detenernos un buen espacio, contemplando aquellos arcos afligranados, aquellos escombros mutilados, aquellas estatuas de largos y venerandos ropajes y aquella soledad de recuerdos, de grandezas olvidadas y de historias no sabidas, primero á la luz del último crepúsculo, y despues á la de la luna, cuya claridad nos permitia contemplar las ruinas á esa luz, tan dulce y tan triste y tan misteriosa, como amada, en medio de la soledad de las destrucciones. Cuando sentados en las gradas de una cruz de piedra, veíamos por una parte un abismo de sombras en los valles que descienden hasta los márgenes del Llobregat, y por otra los ligeros copos de vapores que con tanta frecuencia se cuelgan de los flancos de la montaña, y escuchamos el toque de la campana, y el murmullo de la brisa y aspiramos la deliciosa frescura de la noche y la suavidad de tantos y tan variados aromas exhalados, de la muchedumbre de plantas balsámicas, que cubren aquellas alturas, nos entregamos á la mas tranquila meditacion; y callamos largo rato, porque ofende allí y á esas horas la voz humana, y porque parece que el hombre debe postrarse humilde ante el imponente y magestuoso silencio de la naturaleza en su misteriosa y bella soledad.

Aquellas ruinas, entre las cuales se destacaban las sombras de los tres viajeros, saludaron al primer prior, llamado Raimundo, en 987. Acompañábanle doce monges observantes de la regla de San Benito, con otros ascetas que levantaron capillas ó ermitas en las cumbres contiguas. Desde el conde Borrell hasta Don Pedro el Católico, apenas hubo un soberano de Barcelona ó de Aragon, de quien el santuario de Monserrat no recibiera grandes y distinguidos privilegios. Doña Leonor, esposa del citado D. Pedro, fue la primera reina que visitó el monasterio, y desde aquella época, los reyes, los prelados, los guerreros, los sabios y los santos han ido á depositar su oracion al pié de la Virgen de la montaña. Pedro III pasó la noche en la capilla, preparándose para ir á acometer á las huestes de Felipe el Atrevido de Francia. Pedro el Ceremonioso fue al santuario antes de emprender la conquista de Mallorca, y volvió despues, para

(6) Papeles existentes en el archivo del escelentísimo ayuntamiento.

(7) Aprovechamos esta oportunidad para dar algunas noticias sobre las estatuas que se hallan en el puente Nuevo.

En 20 de Setiembre de 1691 la Junta de Fábrica de la obra nueva del rio, acordó que se comisionara al canónigo D. Antonio Pontons para que mandara traer de Génova una estatua de Santo Tomás de Villanueva y otra de San Luis Beltran, para colocarlas en el puente Nuevo.

En 11 de Enero de 1692 determinó la citada Junta que dichas estatuas fueran de doce palmos de alzada, sin contar el pedestal, y su precio 700 libras, y que los fletes y gastos de conduccion fueran de cuenta de la Fábrica, debiéndose desembarcar en Alicante, Denia ó Valencia y no en otra parte.

En 26 de Junio de 1693 acababa de desembarcarse en Valencia la estatua de San Luis Beltran, puesto que con esta fecha determinó la Junta de Fábrica que se pagasen al sobrestante 40 libras 12 sueldos y 6 dineros por su desem-

barco y conduccion á la iglesia de San Pedro Mártir, próxima al citado puente.

En 4 de Julio del citado año se pagaron al canónigo Pontons 79 libras, 12 sueldos, 6 dineros por los fletes.

En 16 de Febrero de 1694 se abonaron á Hipólito Ravanals 50 libras por la conduccion de la estatua desde la iglesia de San Pedro al puente, y su colocacion en este punto.

La estatua de Santo Tomás de Villanueva debió llegar á Valencia poco antes del dia 3 de Julio de 1694, puesto que con esta fecha se mandaron pagar 42 libras, 9 dineros al sobrestante, por los gastos de desembarco y conduccion al puente.

Los fletes de esta estatua ascendieron á 63 libras, 7 sueldos y 6 dineros, que la Junta de Fábrica mandó pagar en 15 de Setiembre del citado año al canónigo Pontons.

Estos datos están tomados de los libros de Juntas de la Fábrica nueva del rio, correspondientes á los citados años, que existen en el archivo del Excmo. Ayuntamiento.

ofrecer á la Santa Madona una galera de plata.

El antipapa Benedicto XIII, que en compañía de San Vicente Ferrer visitó á Monserrat, concedió á sus abades, el uso de mitra, báculo, anillo y demás insignias episcopales, eximiéndoles de toda jurisdicción y sujetándoles inmediatamente á la silla apostólica; cuyos privilegios confirmaron despues los Papas Martín V y Eugenio IV.

Los célebres reyes católicos Fernando é Isabel visitaron tambien el santuario y regalaron dos magníficas lámparas de plata.

Un día, entre muchos que pasó el gran Carlos I en este monasterio, y cuando solo contaba aun diez y nueve años de edad, salía del templo, acompañado de su maestro Adriano de Utrech, cardenal y obispo de Tortosa en aquel tiempo, regente de Castilla despues, y mas tarde Sumo Pontífice; y al salir al patio lo encontró obstruido por soldados, cubiertos de ricos trages, llevando en las manos brillantes antorchas. Detúvose el rey y vió adelantarse, por entre las filas de aquellos guerreros varios caballeros, engalanados con todo el lujo de aquella época tan militar, como fastuosa. Estos caballeros formaban la embajada que, precedida del conde Palatino, iba á ofrecer á Carlos, en nombre de los grandes electores de la Germania, la corona de Carlo-Magno. Al recibir tan inesperada nueva cayó de rodillas el jóven monarca, para dar gracias á la Virgen, y al levantarse y como en albricias, concedió al abad, el título de sacristan mayor de la corona de Aragon.

Se cree que Carlos recibió en esta soledad la primera noticia de la conquista de Hernán Cortés y de la derrota de los moros de la isla de Gelbes por el inmortal Hugo de Moncada.

En una de sus visitas al monasterio acompañó á Carlos su caballerizo mayor el marqués de Lombay, duque de Gandía, y virey de Cataluña, despues San Francisco de Borja. La emperatriz regaló á la iglesia un portapaz de plata dorada, obra maestra del arte, estimado por su labor en dos mil ducados y un pequeño navio, todo de oro, guarnecido de diamantes, apreciado en 10.800 pesos.

La primera iglesia se hallaba situada en el espacio que separa el patio de los primeros claustros, que mandó edificar Fr. Julian de la Róvere, siendo cardenal y abad comandatario en 1460: en los mismos claustros hizo esculpir el escudo de sus armas. Dirigieron la construccion, como arquitectos, maese Jaime Alfonso y maese Pedro Basset. Entre los restos de esta primera construccion se hallan los de un mausoleo de alabastros, que debió servir tal vez al noble En Bernardo de Villamari: contiene este sencillo epitafio:

VIXIT UT SEM
PER VIVERET.

Hasta principios del siglo actual se conservó en la iglesia vieja el farol de la galera que mandaba Ali-Bajá y las banderas cogidas en la batalla de Lepanto por D. Juan de Austria.

Al dejar este recinto de venerandas ruinas y penetrar por el arco que conduce al átrio ó vestibulo del gran templo actual, se encuentran dos lápidas que recuerdan la presencia en aquel sitio, que fue la primitiva iglesia, de San Pedro Nolasco y de San Ignacio de Loyola; el primero fundador de la orden de la Merced, y el segundo de la compañía de Jesus. En los muros de este átrio se hallan varias urnas cinerarias y no pocas lápidas sepulcrales con inscripciones, que perpetúan la memoria de varios personajes que fueron enterrados allí.

Desde este átrio se entra á la magnífica y suntuosa iglesia de Monserrat. La forma una sola nave de 52'63 metros de longitud, 18 de latitud, escluyendo el fondo de las capillas, y

26'72 incluyéndolas; su elevacion es de 25 metros. Esta obra suntuosa se debió á la devocion de D. Juan de Austria hijo de Felipe IV, que en 1669 invirtió en ella mas de 4.000 escudos de oro. Cuando la guerra de la Independencia, los franceses incendiaron este hermoso templo quedando muy mal parado en 1811, y es sensible que la restauracion última no haya correspondido al pensamiento de su primera construccion.

A cada lado de la nave hay seis capillas espaciosas, hoy solitarias, sin pinturas, sin las antiguas verjas que las cerraban; y entre la quinta y sexta separa el cuerpo de la iglesia del Presbiterio bajo una gran reja, que ha sustituido á la elaborada por Cristóbal de Salamanca en 1608, quien recibió por ella catorce mil ducados. La costeó sin duda Felipe III. Desde la reja hasta el altar colgaban setenta y cuatro lámparas de plata, colocadas en tres hileras sin contar otras muchas esparcidas indistintamente.

Esta magnífica reja desapareció en 1814; que ha sido reemplazada por otra, tan magnífica como la primera, á espensas del rey D. Fernando VII, gastando en ella y en otros reparos la suma de 25.000 duros. La trabajó un cerrajero de Manresa llamado D. Luis Masnon y Coll por el precio de 5.500 duros. Las dos pilas de agua bendita, y el pavimento de mármol de Génova, colocado en el presbiterio costaron 3.000 duros.

La bóveda no sostiene aquella multitud de lámparas de que hasta el número de 200 ardian de continuo delante de la Virgen: el templo está pobre; pero su magestad es siempre imponente. Antiguamente habia en el altar mayor un soberbio retablo, obra debida á la magnificencia de Felipe II, quien encargó su ejecucion á Estéban Jordan, por precio de 10.000 ducados. Se verificó su conduccion en sesenta y tres carros; importando todo los trabajos, hasta su conclusion, pintándolo y dorándolo Francisco Lopez de Madrid en 1598, la respetable suma de 29.000 ducados. Todo ha desaparecido. El actual retablo está formado de cuatro medias columnas estucadas, que siguen el mismo orden que las pilastras del templo y dos grandes pedestales con dos bellas estatuas de San Benito la una y de Santa Escolástica la otra, obra del escultor Cerdá de Barcelona.

VICENTE BOIX.

LA CONQUISTA DE NÁPOLES.

I.

ESPAÑOLES Y FRANCESES.

Como aquilon que en los valles
Tiernos arbustos desgaja,
Y creciendo enfurecido
Atraviesa las montañas,
Y el pino y la vieja encina
Ronco bramando quebranta;
Así la espantosa guerra
Al batir sus negras alas,
De los alegres festines
Hace sangrientas batallas;
Sembrando terror y muerte
Por donde quiera que pasa.
Diez años de fiera lucha
Yerman los campos de Italia,
Que quiere ambicioso á Nápoles
El rey Luis XII de Francia,
Sin respetar los derechos
Ni de Aragon la demanda.
Cruzan soldados franceses
Sus florecientes comarcas,
En lucha tenaz y horrenda
Con los leones de España
Que enemigos y rivales
En las edades pasadas,
Probaron en tantos hechos
Su valor y su constancia
¿Quién es el bravo caudillo
De las españolas armas;
El que camina triunfante

Con intrépida arrogancia,
Arrollando al enemigo
Donde quiera que lo halla,
Y clavando el estandarte
De las barras coloradas
En los mas fuertes castillos
Y en las mas guarnidas plazas,
A quien servian de escudo
Las rojas lises de Francia?...
El con sus bravos soldados
Ya domó la Calabria,
Y al Rey Hernando de Nápoles
En Laino y Semenara.
A los intrépidos condes
Nicastro, Melito y Lauria
En campo abierto rindiera
Con su vencedora espada.
La Francia y Nemours sumisos
Pusiera bajo sus plantas,
Resucitando las glorias
Que en Roncevalles ganaran,
Los guerreros invencibles
De las fuerzas castellanas.
Barleta y el Garellano
Jamás borrará la fama,
Porque nombres de alta gloria
Eternos son en la patria.

Ya de Aragon la corona
Mas ricas perlas engasta
De las torres y ciudades
Que en sus prados se levantan
Y que matizan las flores
Y que acarician las auras.
Todo á las armas francesas
Nuestro caudillo ganara,
Y potente y animoso
Venciendo al marqués de Mantua
Consiguio que con su esfuerzo
Gaeta se le entregara.
¿Qué capitán es aqueste
Que siempre humilla á la Francia,
Cuyos hechos memorables
El pueblo gozoso canta,
Y que á Nápoles se acerca
Y al són de sus triunfos marcha?...

II.

ENTRADA EN NÁPOLES.

Ciudad la del ígneo monte
A cuya falda te asientas,
Y de magníficas llamas
Luces brillante diadema.
Ciudad con orla de flores
Que el mar encantado besa:
Donde el amor se respira,
Donde el alma se enajena
Al mirar los negros ojos
De sus pálidas bellezas.
Donde la luna encantada
Sobre las aguas ríela,
Y donde brisas de aromas
Los anchos espacios llenan,
Que brotan de los jardines
De nardos y de azucenas.
Sultana que desfalleces
De amores y soñolienta
Te aduermes con los arrullos
De sabrosas cantinelas.
Que no temes del Vesubio
La llama que centellea
Ni huyes las olas que saltan
Amenazantes y fieras.
¿Por qué á las risas del alba
Presurosa te despiertas
Luciendo tus ricas galas
Como en los días de fiesta?
¿Qué es ese correr ansioso
De todos que casi alientan:
Cubrir de flores el suelo,
Colgar balcones y rejas
Y en ellas tantas hermosas
De tu cielo azul estrellas?...
Alegre rumor se escucha,
El pandero y la vihuela
En bulliciosa armonía
Por todas partes resuena.
La danza doquier se mira
De la alegre tarantela,
Y todo es bulla y cantares
Y regocijos y fiestas.
Tronó el cañon, y las salvas
Los aires y vientos pueblan,
Y entre gritos de entusiasmo
El populacho se aprieta,
Para ver á los soldados

Que entusiastas victorean.
Medio Nápoles les abre
Enardecido sus puertas;
Y otro medio se amontona,
Y como sorda tormenta,
Rugen al ver que no pueden
Contrarestar con sus fuerzas
Aquel monton de valientes
Que solo victorias cuentan.
Mudos están los castillos,
Calladas las fortalezas,
Pero llenas de franceses
Que de rabia y furor tiemblan.
Siguen su marcha los héroes
De Cerinola y Barleta
Dirigiéndoles piropos
Y requiebros á las bellas.
Ni en que son muchos contrarios,
Ni en sus mil peligros piensan,
Ni en que guardan los franceses
Las torres y las almenas.
Armado de todas armas
Y con marcial gentileza,
Apuesto, bravo y gallardo
De noble y gentil presencia,
En un alazan tostado
Que bate inquieto la tierra,
Por el mejor escogido
De Córdoba en las dehesas,
El gran capitán de España
Y que el pueblo victorea
Al frente de sus guerreros
En la hermosa ciudad entra.

III.

NÁPOLES POR DON FERNANDO.

Es media noche pasada,
Nápoles duerme tranquila,
Alterando su silencio
Solo la mar y las brisas,
Velóse ingrata la luna
Del Vómero tras la cima,
Y cuando todo en reposo
Y en blando sueño yacía,
Sonó discordante y fuerte
Espantosa vocería:
«España y Fernando» se oye
«España y Fernando» gritan;
«A las armas, castellanos»
«Los franceses se aproximan.»
Y los soldados en masa
Se levantan y se agitan;
Confuso rumor de voces
Y horrorosa gritería
Se escucha: la madre estrecha
En sus brazos convulsiva
A el hijo de sus entrañas,
Y pálida y dolorida
Apaga con sus suspiros
Sus antes dulces sonrisas.
Como león que despierta
Espantada la pupila,
Bañada con las espumas
De sangre hirviente y rojiza,
Así intrépido guerrero
Va recorriendo las filas.
«A las armas, mis soldados,»
Con rugiente voz decía.
«A las armas, mis soldados,
Que el pecho español les sirva
De muralla impenetrable
Donde estrellen su osadía.
No importa que sean millares
Para dar la acometida,
Ni que esos castillos tengan
Ni esa arrogancia bravia.
Que cualquiera de nosotros
Por ciento vale en la liza;
Partireis lo que me cupo
En el saco; no lo impidan
Escrúpulos ni respetos
Que á las águilas altivas
Solo les bastan las glorias
Que alcanzó su bazarria.
A las armas, mis soldados,
Recordemos la ignominia
Que en Barleta y Cerinola
Sufrieron con nuestra vista.
Ganemos esos castillos;
Que ninguno se resista:
Primero avanzar muriendo
Que retroceder con vida.»
Esto el capitán dijera
De mas prez y mas valía,

Pues que á su nombre temible
El mundo se estremecía;
Al par que entre los contrarios
Al fuego se precipita,
Y cabezas de franceses
Entre franceses derriba.
Gritos de guerra se escuchan;
España y Fernando viva:
En avant, San Luis y á ellos
Los contrarios repetían.
Y entre el rumor discordante
De horrible mosquetería,
Ayes y voces de triunfo
Por donde quiera se oían.
Arrojo el francés demuestra,
El español valentía;
El francés en el combate
Es cual fiera embravecida,
Que anhela sembrar doquiera
Esterminio y agonía.
Los soldados de Granada
Solo en matar se entendían;
Y cual tigres rebramando
En sus encuentros derriban
Todo el que intenta acercarse
Y todo aquel con quien lidian.
Roto el francés y deshecho,
El bravo español le ostiga,
Y ya levanta la muerte
Su segur cortante y fria
En aquel lecho de flores,
Jardín de dulces delicias,
Cuando los pocos que quedan
Que en sangre se revolvan
Huyeron ante las armas
De Aragon y de Castilla.
«Nápoles por D. Fernando,»
Con voz poderosa grita;
El mejor de los valientes;
El terror de la morisma;
El noble orgullo de España;
El héroe que el mundo admira;
El Gran Capitán Gonzalo,
El sol de la patria mía.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Adios, paz de la vida, alma esperanza
Que alumbrabas mi estenso porvenir,
En sueños de placer y bienandanza
¡Cuán triste el alma os contempló partir!
¡Por qué al perderos en aciago día,
No huyó el recuerdo de mi dicha en pos?
¡Por qué, al decir «adios, ventura mía!»
No he de decir á su memoria «¡adios!»

Vernet-les-bains, Agosto 56.

P. M. YAGO.

DOLORA.

Cosas de la edad.

I.

—Sé que corriendo, Lucía,
Tras mundanales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía:
«Al espejo de mis ojos.»

Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos,
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

¡Ay! ¡no rindiera en verdad
El corazón lastimado
A dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado!

¡Por tus locas vanidades
Que son ¡oh niña! no miras
Mas amargas las verdades
Cuanto allá en las mocedades
Son mas dulces las mentiras?

Y es la tez encantadora
Con que el semblante se alinea,
Luz que la edad descolora;
¡Mas no me escuchas, traidora?
(Pero, señor, si es tan niña!...)

II.

—Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razon
Que en el tiempo que ha pasado,
O habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazon.

Si amor con fuerzas extrañas
A un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

¡Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

¡Jamás en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

Y nunca veis en mal hora,
Miradas que la pasion
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazon?

Y no adorais las ficciones
Que al alma pasando deja
Cierta ilusion de ilusiones?
¡Mas no escuchais mis razones?
(Pero, señor, si es tan vieja!...)

III.

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mia
El yerto mar de los años.

Ya la vejez destructora
Pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.

—Triste es el placer gozado!
—Mas triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal. —No me aqueja.
—(Pero, señor, si es tan niña!...)
—(Pero, señor, si es tan vieja!...)

RAMON DE CAMPOAMOR.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

A NUESTROS SUSCRITORES DE LA HABANA.

Nuestro Administrador general en
dicho punto es el Sr. D. Ramon de
Cózar, calle de la Zanja, núm. 36.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

con los suscritores y corresponsales.

Sr. D. S. C., San Nicolás.—Remitidas las dos suscripciones que pide.
Sr. D. R. M. R., La Laguna.—Servida la suscripción por un año; se remiten los números.
Sr. D. J. F. R., Habana.—Queda V. suscrito; se mandan los números.
Sr. D. H. P., Oviedo.—Servida la suscripción.
Sr. D. R. C., Trinidad.—Queda V. suscrito.
Sr. D. A. V., Lugo.—Se remiten los números que desea.
Sr. D. J. D. y F., Oporto.—Queda V. suscrito por medio año y se mandarán los números donde indica.
Sr. D. A. C., Pechina.—Se espera su contestación, si no para girar á su orden.

El Administrador.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.